



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura com a "Honoris Causa" per  
la Universitat de València a Domingo  
Fletcher Valls

Laudatio

València, 29 de novembre de 1985



## LAUDATIO DOMINGO FLETCHER *per F. J. Fernández Nieto*

Mgfc. y Exrmo, Sr. Rector,  
Excmos. e Ilmos, Sres.,  
Colegas y Sres. Profesores,  
Sras. y Sres.

En el mes de Agosto de 1982 recibió la jubilación en el puesto de Director del SIP (siglas con las que se conoce al Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia) Domingo Fletcher Valls. En los años siguientes, varios grupos de compañeros, amigos y colaboradores han tributado sentido y cordial homenaje a su obra y a su persona, que tanto y tan calladamente había hecho por el progreso y prestigio de su profesión, pero también por consolidar para el SIP, como institución destinada a la tarea de conservar y estudiar el tesoro arqueológico provincial, la condición de genuino Centro Superior de Investigación. Pues bien, por último ha llegado el momento de que la Universidad de Valencia, en cumplimiento del acuerdo aprobado por Junta de Gobierno en Enero de 1984, mediante la concesión del grado de Doctor honoris causa proceda a reconocer públicamente las excepcionales cualidades y esfuerzos desplegados por Fletcher durante toda su vida en favor de la ciencia.

Domingo Fletcher, nacido en Valencia en 1912, se formó en nuestras aulas; aquí cursó los estudios de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras, entre los años 1930 y 1934, y obtuvo en 1935 el Premio Extraordinario de Licenciatura. El contacto con los Profesores Gonzalbo y Pericot primero, y después en Madrid, mientras realizaba los cursos de Doctorado, con Obermaier y García y Bellido, determinaron su inclinación hacia la Historia más antigua de la Península Ibérica. La colaboración con el SIP, recién fundado hacia 1930, data de su época estudiantil, y en el curso 1935/36 fue nombrado Profesor Ayudante de las cátedras de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Central. Entonces vieron la luz sus primeros trabajos sobre la Prehistoria y el mundo ibérico, y empezó asimismo a ocuparse de las fuentes escritas.

Superado el amargo trienio de la Guerra Civil, Fletcher dió pruebas inequívocas de su incansable y firme vocación. Profesor Ayudante de la cátedra de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid, que regía el Profesor Martínez Sonta Olalla, en el curso 1940/41; profesor de clases prácticas en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia desde el curso 1945/46 hasta 1948 Fletcher jamás perdió luego, cuando hubo de apartarse definitivamente de las aulas, la dimensión docente y el carácter universitario que distingue todas sus obras. Como director de varias excavaciones - Cueva de la Pileta (Benaoján, Málaga), poblados ibéricos del Tío Pío (Archena, Murcia) y Cueva y Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón), yacimiento romano de El Secano (Monforte del Cid, Alicante), necrópolis visigótica de Castil-tierra (Segovia)-, y Secretario de la Sección de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Valencia, publicará ahora quince trabajos de investigación, entre los cuales algunas monografías, en los que ya plantea interesantes tesis sobre la cultura ibérica.



En 1950 la Diputación Provincial de Valencia nombró a Domingo Fletcher Director del Servicio de Investigación Prehistórica, cargo en el que sucedió a D. Isidro Ballester Tormo, quien junto al Prof. Pericot -durante el tiempo en que este último residió en Valencia- había sabido conquistar indudable crédito entre prehistoriadores y arqueólogos de numerosos países para aquel Servicio de la Diputación. La relación pormenorizada de la labor científica y de las publicaciones que Fletcher ha realizado en el espacio de 32 años en que estuvo al frente del SIP excedería, con mucho, los límites que la cortesía académica nos impone; mas permitidme que roce siquiera sus facetas más notables.

Con absoluta competencia ha tratado del conjunto de la Prehistoria y de la Historia Antigua valencianas, desde el Paleolítico y Mesolítico hasta la época visigótica; clásicas son ya sus memorias de excavaciones y estudios sobre la Cova Negra (Játiva), La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia), La bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia), La Muntanyeta de Cabrera (Vedat de Torrente, Valencia), y sobre la necrópolis ibérica de La Solivella (Alcalá de Xivert, Castellón), sin olvidar sus aportaciones al conocimiento de la arqueología romana (tipología de los hornos cerámicos romanos, acueductos romanos de Ribarroja, barros saguntinos, arqueología romana de Sagunto y de la provincia de Castellón, etc..), así como al conocimiento de los orígenes de la Valentia romana.

Mención aparte merece, desde luego, su tarea como editor científico: catorce números del Archivo de Prehistoria Levantina (la magnífica revista de Prehistoria y disciplinas afines editada por el SIP e intercambiada por las más prestigiosas revistas de la especialidad), y hasta setenta y cinco tomos de los anejos, la llamada Serie de Trabajos Varios del SIP, fueron montados y corregidos por Fletcher. El enriquecimiento de la Biblioteca del Servicio no tardó en llegar: de los 2.000 títulos que contenía en 1950, año en que asumió la dirección, hoy se halla próxima a los 25.000 volúmenes, todos ellos atinentes al campo de investigación propio del Servicio.

Sin embargo, la figura de Fletcher adquiere otro tamaño cuando juzgamos su contribución al terreno de la historia del mundo ibérico, dentro del cual ha cosechado, sin duda, sus mayores y mejores éxitos. Por su cuidadosísima edición de los textos ibéricos de nuestro territorio, por la fidelidad y agudeza de sus transcripciones e hipótesis, el nombre de Fletcher ocupa ya un lugar eminente junto a los de D. Manuel Gómez Moreno, Antonio Tovar, Julio Caro Baroja o Jürgen Untermann. Para el conocimiento de la historia ibérica es fundamental la consideración de las múltiples lenguas habladas por la población prerromana de la Península, pero las fuentes literarias no nos ofrecen información suficiente; de ahí que uno de los mayores retos de la moderna investigación consista en obtener la reconstrucción de dichas lenguas.



Si descartamos los escasos datos referentes a toponimia y onomástica que ofrecen los antiguos historiadores griegos y latinos, es preciso ceñirse a las fuentes que puedan conseguirse mediante la investigación arqueológica y, de un modo más directo, a las que nos ofrezca el análisis de la epigrafía peninsular. Sin embargo, si una parte de la documentación es utilizable por tratarse de inscripciones en alfabetos conocidos, existe gran número de inscripciones indígenas que requieren una presentación previa estrictamente epigráfica antes de ser consideradas como textos útiles para la investigación lingüística e histórica, que se halla precedida necesariamente por los trabajos encaminados a recobrar y leer estos preciosos textos, destinados a convertirse en la clave del entendimiento de nuestra protohistoria.

Y aunque en el momento presente todavía numerosos problemas impiden una total utilización del material epigráfico ibérico, la antigua vaguedad e inseguridad en las transcripciones, que arrojaba unos textos casi inaprovechables, ha dado paso a un avance indiscutible que se manifiesta en la actual vitalidad de los estudios lingüístico-históricos sobre el iberismo, y que ha permitido trazar las grandes líneas sobre el origen y estructura de las primitivas lenguas hispánicas. A ello han contribuido en primerísimo término los estudios de Fletcher: grafitos, plomos y otras inscripciones ibéricas de varios yacimientos, las recopilaciones de los plomos de Yátova y de las inscripciones del Museo de Prehistoria de Valencia, sus aclaraciones sobre forma, grafía y fonética de algunos signos ibéricos, sus lecciones sobre la lengua y el alfabeto de los iberos.

Domingo Fletcher ha estado así consagrado, desde que finalizó la licenciatura en Historia, a la investigación de la Prehistoria y de la Edad Antigua valencianas; sumando a sus libros, monografías y artículos, las numerosas recensiones que ha escrito y algunos trabajos de investigación, su bibliografía sobrepasa, desde 1935 hasta hoy, los 250 títulos. Su obra le ha valido el reconocimiento internacional de cuantos cultivan la Historia primitiva de la Península Ibérica, pues tales aportaciones al entendimiento de la cultura ibérica, en especial al de la escritura y alfabetos ibéricos, cuentan ya entre las más sólidas adquisiciones de la ciencia histórica y arqueológica española.

Bastan simplemente estas muestras de una brillante e ininterrumpida tarea de investigación para alambrear su capacidad científica y justificar, con creces, no sólo esta cooptación en nuestra asamblea de Doctores, sino también las múltiples distinciones con que lo han señalado algunos Institutos y Sociedades: Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, Miembro de Número de la Hispanic Society de Nueva York, Miembro correspondiente del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín, Miembro de Honor de la Asociación de Arqueólogos Portugueses de Lisboa, Miembro correspondiente de la Société Préhistorique de l'Ariège, Premio Cerdá Reig del CSIC y de la Institución Alfonso el Magnánimo, Premio Martorell de Arqueología del Ayuntamiento de Barcelona, Premio Conde de Lumiares del Ayuntamiento de Alicante.



Ahora bien, la Universidad de Valencia se enfrenta aún a mayores obligaciones. Domingo Fletcher se ha distinguido por una desbordante humanidad que llegó a convertir el Servicio de la Diputación y el Museo de Prehistoria, durante los años en que fue su Director, en un centro abierto y fecundo, siempre dispuesto a la cooperación y a facilitar el estudio de sus fondos. En esa biblioteca y en sus salas se gestaron muchísimas tesinas y tesis doctorales, innumerables trabajos de investigación, cuyos autores podrían hablarnos del magisterio afable y discreto que hallaron en Fletcher, de las orientaciones y consejos que de él recibieron, y de cómo luego encontraron allanado el camino para verlos publicados en el Archivo o en la Serie de Trabajos Varios que Fletcher dirigía. Es necesario proclamar que su figura representó un continuo aliento, sobre todo en las épocas de penuria intelectual, para muchas jóvenes generaciones de estudiantes y licenciados, y que nuestra Universidad tenía contraída una deuda de honor con quien nunca cesó de ayudar generosamente a sus alumnos y profesores. La concesión del Doctorado honoris causa no supone, por consiguiente, la expresión de nuestra gratitud a quien todo momento mostró compartir un delicado espíritu universitario. Ciertamente, pocos lances nos depara nuestra vida académica de participar en un dictamen que levante la adhesión y abrazo de cuantos deben manifestar su particular concepto, pues rige en nuestro gremio obstinada discrepancia por amparar el juicio propio y despenar el ajeno. Séame lícito, pues, transmitir mi declibe porque la circunstancia que nos reclama responde a la exaltación de aquellos que entre nosotros han contribuido, frente a tantos oscurantistas, a extender el progreso de la investigación y, en consecuencia, a enriquecer nuestro conocimiento y a ampliar nuestra libertad.